



ARTE Y CULTURA

Cuatro miradas

A 200 años de la primera fotografía destacamos a cuatro artistas chilenos que exploran esta disciplina desde distintas perspectivas. Lo artístico, lo documental, la música y la moda atraviesan sus trabajos, en miradas que en más de una ocasión llegan a encontrarse.

09.09.2026 por Camila Ginouves





Foto por: Rocío Mascayano.

Durante el siglo XIX, inmortalizar una imagen requería de mucho más que un clic. La primera fotografía permanente, atribuida al inventor francés **Nicéphore Niépce** y realizada en **1826**, necesitó una placa cubierta de betún de Judea extendido en una piedra caliza y una exposición de varios días a la luz. El resultado, conocido como *View from the Window at Le Gras*, transformó para siempre nuestra manera de registrar el mundo.

Desde entonces la fotografía ha dejado de ser únicamente una herramienta para fijar aquello que ocurre frente al lente. Su **evolución técnica también amplió sus posibilidades creativas**: hoy conviven el registro documental, editorial, musical, publicitario y artístico, mientras diferentes artistas transitan entre estos lenguajes sin necesidad de encasillarse en uno.

Desde la documentación de manifestaciones y el registro de la música hasta la moda, la arquitectura y la exploración de distintas culturas, el trabajo de estos cuatro fotógrafos chilenos revela que existen muchas maneras de mirar el entorno.

Matías Alvial

Abrazar el caos

Matías Alvial (29) recuerda que el arte estuvo presente en su vida desde temprana edad. Le gustaba dibujar, al principio solo con lápiz y luego, durante la enseñanza media, con pintura.

Por el trabajo de su papá, a los 14 años se mudó con su familia a Estados Unidos. En 2015, cuando tenían que regresar a Chile, Matías les presentó un plan para quedarse. Buscando un lugar que reuniera dos áreas que le interesaban —el arte y los negocios— estudió Individualized Studies en la Escuela Gallatin de la

tanta relevancia en mi vida”, confiesa. Fue en esa cátedra donde su profesora lo recomendó para realizar una pasantía de verano con el artista Lyle Ashton Harris, cuya obra ha sido exhibida en el Museo Metropolitano de Nueva York, el Museo Guggenheim y el MoMA. Más tarde Harris se convertiría en el mentor de Matías.

En 2020, mientras aún trabajaba con el artista, Estados Unidos atravesaba la cuarentena por el Covid-19 y se multiplicaban las protestas por el asesinato de George Floyd. “Los tiempos están raros, toma fotos”, le dijo su maestro. Así comenzó a fotografiar las manifestaciones de *Black Trans Lives Matter* y, poco después, algunos medios se acercaron a él para cubrirlas. A medida que se levantaban las restricciones, sus amigos lo invitaban a fotografiar distintas juntas al aire libre y fiestas.

Con una **pequeña Olympus** que cabía en su bolsillo, Matías podía mimetizarse entre los asistentes de grandes eventos. “Me hice **camaleón**. Dentro de los fotógrafos yo parecía más como uno de los invitados”, cuenta. Pero había otro elemento que jugaba a su favor: no saber quién era quién en Nueva York. Frente a artistas y celebridades, su desconocimiento le permitía acercarse sin la distancia que muchas veces impone la fama. La curiosidad y una conversación terminaban siendo más importantes que el nombre de quien tenía frente a su cámara.

“Yo creo que mi talento, más que ser buen fotógrafo, es **llevarme bien con la gente**, realmente escuchar y realmente notar cómo se sienten”. Para Alvial, las relaciones interpersonales son parte esencial de su forma de hacer arte. Ya sea frente a una celebridad, un amigo o un desconocido, busca fotografiar a las personas en la honestidad del momento. La fotografía, dice, es su “lenguaje del amor”.

Si bien la pandemia ya terminó, algo de esa época permanece en sus imágenes: una energía cálida y liberadora, proveniente de un momento en que volver a encontrarse con otros adquirió un significado distinto. Su verdadero aprendizaje fotográfico, dice, ocurrió entonces: “Mi educación dentro de la fotografía fue realmente vivir el caos durante el Covid (...) Ver a la gente enojada por el estatus del mundo, pero también a la vez después estar celebrando que estamos vivos”. De ahí nace su propósito: “Lo que más me gusta de las fotos que tomo es cuando logro capturar esa reacción a la vida”.



Fotos por: Matías Alvial.

Claudia Ardid

Fotografiar sin límites

Si hacemos un repaso por la actual escena musical chilena, probablemente nos encontraremos con portadas de discos o retratos hechos por **Claudia Ardid** (28). Los Bunkers, Kidd Voodoo, Akriila, Young Cister, Cami o Paloma Mami son algunos de los nombres cuya esencia ha quedado inmortalizada a través de su cámara. Pero los inicios de Claudia iban en un camino completamente diferente.

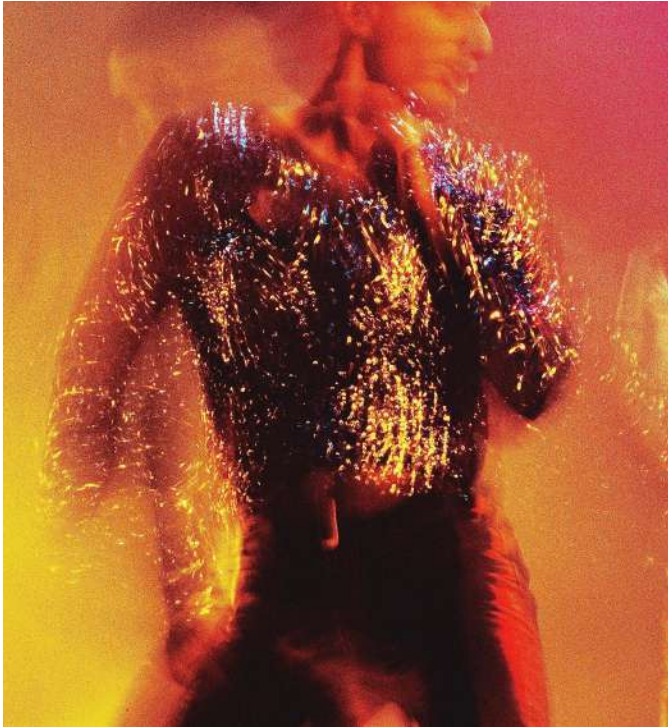
A los 15 años su papá le regaló su primera cámara y ahí partió, de manera innata, su afinidad por la fotografía. Empezó retratando escenas que le hicieran sentido y, en 2016, profundizó la práctica a través del registro de las revueltas sociales. "Ahí fue

Paralelamente, descubrió su gusto por registrar recitales. “Acudía a muchos conciertos y pedía pases de prensa como fotógrafa, tanto para shows de artistas grandes como de músicos más pequeños. Muchas veces sacaba fotos desde el público y después se las enviaba a los músicos. Así fui generando ciertos vínculos con quienes formaban parte de la escena de ese entonces”, recuerda. Entre ellos estaban Gepe, Jonás Sánchez y Bronko Yotte.

A medida que se introducía en el mundo de la música, comenzó a interesarse por la fotografía conceptual. “Entendí que no existía solo la documentación, sino también la creación de una imagen desde cero. Y eso empezó a llamar muchísimo mi atención”, cuenta. Hoy resulta difícil encasillar a Claudia en una sola área. Si bien es reconocida por su trabajo en la música, su fotografía también transita por la moda y la publicidad. “Al final, me gustan todas las áreas. Me gusta generar, disfruto mucho el proceso de hacer una editorial de moda, de ir al Movistar Arena a retratar a un artista, hacer una campaña o, simplemente, documentar mi vida y fotografiar a mis amigos”, menciona.

Con el tiempo, esa amplitud la llevó a fusionar los códigos de la música y la moda. “Empecé a retratar a los artistas desde una mirada más técnica y a inspirarme más en las portadas de revistas que en el contenido tradicional del mundo de la música (...) **Empecé a proponerles a los artistas ideas de editoriales en estudio**, con referencias más ligadas a la fotografía de moda. Comencé a salirme del ojo de pez, del HDR, y a preguntarme por qué un artista no podía tener una imagen más *soft*, donde también estuvieran cuidados el *styling* y el maquillaje, y donde hubiera una propuesta de arte”, menciona.

En sus inicios, recuerda que no era tan usual dedicarse a distintas áreas al mismo tiempo y que existía cierta presión por encasillarse en una. Hoy, en cambio, cree que la clave está en desarrollar una línea personal que converse con todos esos mundos. En su caso, ese punto de encuentro está en el tratamiento del color. En sus fotografías conviven dos lados: imágenes de colores fuertes y otras más desaturadas, pero siempre con un contraste en profundidad. “Me fijo mucho en la colorimetría en general, incluso en la vida cotidiana. Creo que se nota en mi casa”, dice riendo mientras mira hacia su colorido *living*.



Fotos por: Claudia Ardid.

Documentar la moda

Desde pequeña, **Rocío Mascayano** (28) tuvo una fijación por las fotografías, especialmente por las editoriales de moda que veía en la Revista Paula. Cortaba las páginas y hacía collages; **inventaba composiciones**. "Empecé a construir mis propios mundos ficticios a través de este imaginario tan bonito que era el collage", recuerda.

Oriunda de Peñaflor, a los 16 años acompañó a un amigo a trabajar al Hotel W Santiago. Por casualidad terminó conversando sobre su futuro con un hombre de mediana edad. Esa persona era el reconocido pintor nacional Claudio Herrera, quien, de una manera espontánea, terminó convirtiéndose en una **suerte de mentor** para Rocío. Él le enviaba distintos referentes artísticos. "Claudio me mandaba mails con fotografías, de repente gringas, que yo no tenía ni idea de que existían. Y me volaba la cabeza", recuerda.

De Herrera también recibió dos consejos que permanecieron en su memoria: "Tienes que mirar, mirar y mirar" y que no era necesario estudiar algo para dedicarse a la fotografía. Y así lo hizo. Decidida a convertirse en fotógrafa, optó por ser autodidacta. Se juntaba con sus amigos a hacer editoriales, asistía a otros fotógrafos y exploraba cada vez más su lenguaje visual en el exterior.

El recorrido de la micro entre Peñaflor y Estación Central también se convirtió en parte de su formación. En el camino pasaba por el Museo Nacional Aeronáutico y del Espacio y distintas fábricas, lugares que inevitablemente despertaban su curiosidad. De alguna manera, siempre se las ingeniaba para conseguir los permisos y poder fotografiar dentro de ellos. "Eso define mucho mi trabajo fotográfico, que es esa cosa como de llegar a lugares en los que otras personas no llegan. Y eso es a través de un **trabajo documental**", menciona.

En 2022 se fue por tres meses a Cuba a realizar un taller de cine documental en la Escuela de Cine y Televisión en San Antonio de los Baños -fundada por Gabriel García Márquez, Fernando Birri y Fidel Castro-. Desde ahí partió a París, donde vivió durante un año y comenzó a trabajar para los showrooms privados de adidas y Jean Paul Gaultier; hizo fotografías análogas a figuras internacionales como A\$AP Rocky y Gabriette.

Hoy, Rocío define su fotografía como moda documental. En esa combinación encuentra la posibilidad de trabajar dentro del universo de la moda sin abandonar

trabajo, que no ha cambiado desde los 16 hasta los 28: jugar todo el rato". Para ella, jugar también significa hacer sin pensar demasiado en el qué dirán y confiar en una mirada propia: "Mientras más honesta eres con tu trabajo y con lo que eres personalmente, las imágenes que vas creando se empiezan a revelar por sí solas".





Foto por: Rocío Mascayano.

Bruno Giliberto

Entre ceremonias y paisajes

Por videollamada desde la capital alemana, el arquitecto **Bruno Giliberto** (44) confiesa que **su camino en el mundo de la fotografía no fue del todo consciente**. Desde temprana edad estuvo acostumbrado a ver cámaras: su papá y su abuelo eran aficionados a la fotografía y, si bien nunca ejercieron este oficio de manera profesional, "siempre había una cámara dando vueltas por la casa", dice.

Trabajando como arquitecto ahorró lo suficiente para comprarse sus primeras cámaras Nikon. En un inicio solo fotografiaba arquitectura, un área en la que, gracias a sus estudios, se le hacía fácil componer.

Sus imágenes, dice, están marcadas por el registro estético clásico con el que se formó. Lo atribuye a su educación en colegios Waldorf y a que en su casa no había televisores: su imaginario visual se construyó a partir de las colecciones de enciclopedias Salvat.

fotografiar matrimonios y a darse cuenta de que la arquitectura le estaba "quitando tiempo" para dedicarse a lo que realmente quería.

Dejó su trabajo y comenzó a viajar para registrar matrimonios alrededor del mundo, entre ellos en Madrid, Puente Genil y Estambul. Desde entonces Bruno lleva **211 casamientos en 21 países**.

Un trabajo que, según cuenta, se relaciona directamente con su búsqueda por **el significado de la espiritualidad**: cómo él la entiende y cómo otras personas se relacionan con ella. "Por eso me interesan mucho los matrimonios; poder viajar y ver distintas culturas, porque es una ceremonia que atraviesa culturas; los mapuche se casan y acá en Berlín también, es transversal", explica.

Su trabajo personal, que se distancia un poco del que es comisionado, se basa directamente en la relación del humano con el paisaje. "Tiene que ver con las ceremonias, con cómo se desarrollan en un paisaje y con la capacidad que tienen de modificarlo", menciona.

En esa exploración **ha viajado cinco veces a la frontera de Chile con Bolivia** para fotografiar el carnaval aimara. "Me interesa mucho cómo ellos caminan por el altiplano y su relación espiritual con distintos hitos del paisaje. Lo que para nosotros son simplemente cerros, para ellos son personas, son seres, y existe toda una historia detrás de por qué ese cerro está ahí", dice el fotógrafo.

La fotografía de Giliberto propone que el espectador también sea parte de la obra. Desde su formación como arquitecto, le interesa que las personas puedan intervenir el espacio que habitan y relacionarse físicamente con la imagen. Por eso, en sus exposiciones, algunas de sus fotografías han medido hasta dieciséis metros por cuatro: "Creo que, al imprimir en grande, obligo a que la gente camine frente a la foto y tenga que afectar el espacio en el que está para poder relacionarse con la imagen".



Fotos por: Bruno Giliberto.

Entradas recomendadas